

La agonía del silencio

Edgar Castillo



Capítulo 1

La agonía del silencio

Los que pueden actúan, y los que no pueden, y sufren por ello, escriben.

William Faulkner

Nací en un tiempo en que la mayoría de los hombres esperaban un nuevo siglo lleno de justicia y esperanzas, la tecnología y la modernidad nos habían mostrado los caminos de miseria por los cuales unos hombres decidieron caminar, al igual que el comienzo del siglo pasado las personas empezaron a llenarse de esperanzas, lamentablemente no quedaron con vida muchas de esas personas para ver como sus sueños terminarían en el llanto colectivo que marcaría a toda una generación, pertenezco, sin embargo, a aquella generación vacía carente de sueños y esperanzas, donde la vida se vuelve una constante carrera por el consumo y el placer, donde los hombres no son vistos como sujetos si no como simples objetos en esta endemoniada búsqueda por la estimulación inmediata. Ante esto me quede perplejo en el naufragio de mis pensamientos, buscando un placer inalcanzable donde solo encontraba noches de desolación y angustia, ¿Cómo imaginar un mundo donde los humanos estamos tan lejanos y al mismo tiempo tan cercanos? Solo me quede varado en la decadencia de mis pensamientos, donde las palabras no son escuchadas y donde el silencio se vuelve agonía.

Vivimos en un tiempo en el que el miedo ha vuelto otra vez hacia el hombre, la incertidumbre del mañana y el actual estado del shock en el que se encuentran las economías y los gobiernos mundiales, síntoma, quizá, no solo de la decadencia del sistema capitalista en su expresión más voraz y cruda, sino que además muestra la verdadera carencia del otro, de un contacto verdaderamente humano, el sistema neoliberal no solo entendido en el manejo económico, también en cómo afecta en la subjetividad de los hombres, ante de la falta del otro y de un Eros, surge un enemigo que carecía en la dialéctica Hegeliana y el transcurrir de la historia, surge ante nosotros un virus del cual la mayoría de la población hemos escuchado hablar pero desconocemos en su mayoría la gran dimensión que podría afectar en el mundo y las generaciones venideras. Siguiendo la lectura de Byung-Chul Han respecto al virus, el mundo necesitaba un componente negativo para una sociedad apoderada por la positividad, fundamento completamente cierto, la guerra fría había terminado ya hace mucho, el terrorismo se desplazó para países donde la mirada de occidente no tiene cabida para una sociedad donde discrimina todo aquello negativo, conflictivo, extraño, otro.

El hombre, necesitado de un verdadero antagonista que despierte las conciencias del mundo y que no termine en un discurso social repetitivo

de las voces de una sociedad indiferente, pertenecemos, sin embargo, a una generación carente de esperanzas y de sueños, que enfrentara un mañana sin dirección clara ni sentido, vendados de los ojos en un caminar sin narrativa, donde en la vida hedonista no está permitido entrar aquello extraño que atemoriza, ¿en verdad queremos volver a la normalidad tal y como la conocíamos? Vivimos en los años donde Australia y las Amazonas ardieron ante los ojos del mundo, los años en que niños yemení y palestinos anhelan el suicidio cada segundo más latentemente ante la miserable vida y casi condenada que les espera, esa es la normalidad para muchas personas, vivir encerrados en un burbuja egoísta, indiferentes ante el dolor ajeno y olvidando cada vez más nuestro pasado histórico.

El coronavirus mata, pero mata más el miedo, la desinformación, la avaricia, el egoísmo, el individualismo, y toda la degradación humana que un pequeño sector de la población de la humanidad que hemos heredada, nos encontramos ante un momento clave para la dinámica mundial, analistas internacionales están hablando de una reorganización mundial en la cual todos los seres humanos nos veremos involucrados ante las decisiones que dictan el presente aquel gran hermano del que escribió una vez Orwell, las piezas del tablero Geopolítico están moviéndose por medio del miedo que ocasionan los grandes medios de comunicación y corporaciones, aquellos fantasmas que nos encierran en nuestras casas ante la incertidumbre del presente.

El silencio del mañana

La crisis que vivimos hoy en día es la clara representación del nuevo sujeto de este siglo XXI, las decisiones tomadas hoy en día por los hombres de estado en diferentes naciones son el reflejo más fiel de un miedo interno que se ha sumergido en lo más profundo de nuestra psique, en nuestro inconsciente colectivo, el miedo al cambio, el miedo a la otredad, el contacto con los hombres y el compromiso por una sociedad más justa. Esta crisis ha sacado lo peor del ser humano y lo ha puesto ante los ojos del mundo, el dolor ajeno jamás había sido tan visible, la tecnología y la modernidad nos han demostrado que en cualquier rincón del mundo podemos ver las mayores miserias humanas y sentir una autentica indiferencia, la búsqueda del abismo propio sin percatarse del inevitable encuentro con el vacío es el ente en el cual el hombre moderno camina pero sin narrativa ni sentido, el rumbo colectivo se fue evanesciendo, el Eros político se fue marchitando, las interrogantes existenciales se banalizaron, ante esto quedó el individuo en una falsa ilusión de libertad, en la despolitización perfecta para un sistema neoliberal que solo le importa implementar la idea del hombre emprendedor, aquel que todo lo puede y que si falla tiene que lidiar con su culpabilidad interior, su depresión es el ejemplo perfecto de un narcisismo agonizante donde no está el otro que le dé sentido a su melancolía, solo hay un Yo varado en la constante desilusión de un mundo que no se acomoda a su concepción hedonista, ante esto, me quede

varado en la decadencia donde el pensamiento precede al actuar Ergo en el silencio de mis eternos pensamientos.

Tal vez estemos presenciando el final de la humanidad mientras que nos arroja ese pensamiento infantil de un regreso a la normalidad, una ilusión de que aquello volverá, como un amor que fue en un tiempo pero del cual se fue borrando de nuestras vidas para que con el final del tiempo se borre, inevitablemente, de nuestras memorias, un deseo constante por el pasado nos lía, un llanto por aquello que conocíamos y un miedo por la incertidumbre del mañana, hoy, confinados, estamos condenados a pensar, condenados a reflexionar aquel mundo que en verdad anhelamos, tenemos el tiempo y la oportunidad de cuestionarnos, mirarnos en el espejo y preguntarnos si esto es verdaderamente un hombre, si los pasos que damos cada día son dignos de aquellos que nos dieron esta libertad para escribir, libertad bajo palabra.